

El Canto de los Delfines



Numero 2, 2016

En los campos más verdes

Miriam Valencia

En los campos más verdes se encuentran las injusticias más despreciables. El Condado de Ventura, rodeado por un bellissimo panorama de montañas, también está rodeado por los campos más verdes. En estos campos se encuentra la gente más laboriosa, la gente que solo ha conocido sacrificios y la gente que tú y yo necesitamos tres veces al día. Parece increíble que este tipo de discriminación todavía ocurra, pero esta es la realidad diaria de las almas humildes que laboran el campo.

Imaginen hacer un trabajo que dependa de que uno sacrifique su salud física y mental y que, al fin de todo eso, uno no sea recompensado de manera apropiada ni le sean otorgados los derechos básicos como seres humanos. Imaginen que el mayordomo se aprovecha de su trabajo diariamente, que en vez de protegerlos, cuidarlos y honrarlos, él mismo los trata con crueldad y que ustedes temen organizarse. Acuérdense otra vez de que todo esto ocurre dentro del panorama bellissimo de las montañas del Condado de Ventura, en donde usted y yo residimos, en medio de los campos más verdes.

Se trata de un trabajo que se realiza, sin falla, del amanecer al atardecer, bajo el sol ardiente, la lluvia helada o el viento seco. Un trabajo que no se puede hacer en el Condado de Los Ángeles o en el Condado de Orange, solo en el Condado de Ventura. Y aun así, el sueldo no es un sueldo que pueda sostener una vida cerca de cómoda en las ciudades de Ventura. Pero sin falla, todos los días hay situaciones injustas y contra la ley; a los campesinos no les pagan el tiempo extra que requiere la ley de California. Por el contrario, los mayordomos apuran a sus trabajadores para no pagarles el tiempo extra. En caso de que lleguen a trabajar una hora extra, ésta no les es pagada; no se les pagará sino la segunda hora de tiempo extra, pero para entonces los mayordomos ya han regañado a los trabajadores para que trabajen más rápido. A las ocho horas, el cuerpo y la mente se encuentran exhaustos, pero todavía se espera que trabajen una hora más sin pago. Uno pensaría que la mejor idea sería que los campesinos se organizaran, pero tal vez domina el temor de quedarse sin el poquito de su sueldo. No obedecer puede resultar en una situación impredecible. Ni a quién pedirle ayuda, porque quien los debe de proteger y ayudar los ha dejado en esa situación. Todo esto ocurre en los campos más verdes.



Laborando del amanecer al atardecer, parados, agachados, moliéndose el cuerpo y dedicándose a un trabajo que no se puede dejar sin hacer, por necesidad de todos nosotros, y sin un descanso adecuado. No hay un momento de sosiego trabajando en los campos más verdes, ni manera de tomar agua para refrescar el cuerpo. Si es la temporada de la fresa, se va al ritmo de la máquina que colecciona las fresas. Si uno está cansado o adolorido mientras trabaja y necesita un momento para recuperarse, la verdad es que no puede tomar ese momento; eso sería un lujo. La máquina que colecciona las fresas no se detiene, y eso hace que los campesinos trabajen como máquinas.

No basta con que el ambiente sea seco, también es tenso, “Es todo a la prisa o te quedas”. Como en cualquier trabajo de oficina, dos descansos de quince minutos y otro de treinta son insuficientes para este trabajo tan pesado. Los campos más verdes son grandísimos, los baños están lejísimos y no hay manera de que uno vaya al baño mientras trabaja, aunque uno sienta la necesidad. Esto, sin duda, resulta en enfermedad. Para los mayordomos lo más importante es que el trabajo esté hecho rápido y a tiempo, y no la salud ni el bienestar de los trabajadores. Esto es abuso, aprovechamiento y discriminación institucionalizada de la gente humilde.

Quiero que todo esto sea inquietante para todos nosotros, que nos demos cuenta de que esta es una realidad de todos los días para los campesinos y de que estos asuntos no se quedaron atrás en los días de César Chávez. Todavía hay trabajo que hacer y muchas condiciones que mejorar. Es nuestra obligación seguir sensibilizando a los demás acerca de estas injusticias que ocurren en los campos día a día. Sean o no sean documentados, a los campesinos se les permite trabajar, pero sus derechos no son respetados, como el derecho de ser pagados por las horas extras que trabajan. Su labor es necesaria y siempre estará en demanda, pero la recompensa no se empareja. Es tiempo de que los campos no solo parezcan verdes y de que la vida sí sea más prometedora al “otro lado”.

Esta narrativa está dedicada a Angelina y Epifanio, quienes compartieron sus experiencias como campesinos conmigo. Se merecen toda la honra, todo el respeto que se les ha faltado y más.

Sobre La Autora

Estudiante de primer año, Miriam se especializa en español y en estudios liberales. Su sueño es ser maestra en un ambiente bilingüe. Su aspiración es contar con una elevada conciencia cultural que le permita promover el aprecio de los estudios étnicos, específicamente de los estudios chicanos, desde kínder hasta el 12º grado. Miriam considera que los estudios étnicos tienen el poder de cultivar mentes más progresivas y sensibles hacia la diversidad de culturas que se encuentran

